

Se acerca la Pascua

Van pasando las semanas, y nos encontramos en el quinto domingo de cuaresma. Domingo de Pasión, porque el próximo domingo es domingo de Ramos. En la oración de este día pedimos al Señor, «que vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo».

Jesús va a la muerte decidido, soberano, plenamente libre. Le impulsa interiormente el Espíritu Santo, que es Espíritu de amor. «Nadie me quita la vida, la doy yo libremente» (Jn 10,18). Va a la muerte para glorificar a su Padre y para salvar a los hombres. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida poro sus amigos» (Jn 15,13). La muerte de Cristo no fue para él una sorpresa inesperada, sino que fue algo deliberado, esperado, deseado incluso. «Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer» (Lc 22,15).

Podemos decir que Jesús afronta la muerte con plena libertad. Es el único que puede ir plenamente libre a la muerte. Porque al ser la muerte el «estipendio del pecado» (Rm 6,23), él no estaba obligado a la muerte porque no fue pecador. Sin embargo, fue a la muerte libremente para expiar nuestros pecados y librarnos de la muerte eterna, abriéndonos de par en par las puertas del cielo por su resurrección.

Libertad y amor. Una libertad que es movida por el amor al Padre y a los hombres. Jesús no va forzado a la muerte. Jesús podrá expresar en la muerte su amor infinito al Padre y a los hombres, en plena libertad. Nos ha enseñado una manera nueva de vivir y de dar la vida.

Y pedimos en este domingo «que vivamos siempre de aquel mismo amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo». Un cristiano es el que se ha encontrado con Cristo y ha quedado impactado por su amor y su libertad. El cristiano quiere vivir ese ejemplo de amor, y que todos sus actos estén movidos siempre por ese amor. No se trata de un amor platónico, sino de un amor que se pilla los dedos, que se compromete a fondo, que gasta su vida, ofreciéndola a Dios y dándola a los demás.

El cristianismo no es una instalación egoísta en los propios intereses, no es un negocio del que saquemos provecho para nosotros, no es algo que uno lleva a la fuerza como una carga pesada. Nos hemos encontrado con Cristo y él nos alivia nuestras cargas, si nos hacemos capaces de llevarlas con amor, como vivió él. No es un negocio egoísta, sino una «pérdida» en la que «ganaremos» nuestra vida para siempre.

Queridos diocesanos de Tarazona. Os escribo esta carta ya desde mi nuevo destino en Córdoba, donde Dios quiere que me entregue a su santa Iglesia al estilo de su Hijo Jesucristo, con ese mismo amor. Os agradezco tantas expresiones de afecto, recibidas de tantos de vosotros: curas, religiosas, seglares. Rezad por mí, como ya lo hacéis. A la espera del nuevo Obispo de Tarazona, que el Papa ha de nombrar, el mismo Benedicto XVI me ha encargado que sea Administrador Apostólico de la diócesis de Tarazona, en su periodo interino de sede vacante. Por eso, aunque ya trasladado a Córdoba, todavía tendremos ocasión de vernos por Tarazona en alguna ocasión, como por ejemplo en la reapertura y consagración de la Catedral, ya cercana. Hasta siempre, con mi afecto sincero y agradecido.

+Monseñor Demetrio Fernández